

AL INVIERNO

Hórrido invierno, que la luz serena
Y agradable color del puro cielo
Cubres de oscura sombra y turbio velo
Con la mojada faz, de nieblas llena,
Vuelve á la fria gruta y la cadena
Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo
Que oprime con rigor el duro suelo,
Las furias de tu ímpetu refrena;
Que entanto que en tu ira embravecido,
Asaltas el divino hispalio rio,
Que corre al sacro seno de occidente,
Yo, triste, en nube eterna del olvido
(Culpa tuya), apartado del sol mio,
No me enciendo en los rayos de su frente.

AL GOLFO DE LEPANTO

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra que jamás vió el cielo,
Y más dudosa y singular hazaña;
Y dí que sólo mereció la gloria
Que tanto nombre da á tu sacro suelo
El jóven de Austria y el valor de España.

DON JUAN DE ARGUIJO

SONETOS

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copa en que atesora
Bienes la primavera, da colores
Al campo y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora;
Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora;
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luégo el invierno en su rigor se extrema.
¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te es-
[pere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te
[tema?

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desaparece

Su alegre faz, y en torno se oscurece
El cielo con tinieblas de horror llena.
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto olimpo y con espanto truena;
Mas luégo vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y su luz primera
Restituirse alegre el claro día;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré y dije: ¿Quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

AL GUADALQUIVIR EN UNA AVENIDA

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Pálas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus margenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetá humilde los antiguos muros.

LA AVARICIA.

Castiga el ciclo á Tántalo inhumano
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú, que espantado de su pena, admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vida sobre,
¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? Y si codicias uno,
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

LA CONSTANCIA.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusión envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,
No desfallece ni se ve oprimido
Del varon justo el ánimo constante,
Que su mal como ajeno considera;
En la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

LA RECAIDA.

Otras dos veces del furioso noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamas á tal estado,
Arrepentido prometí, y devoto.

De la deshecha jarcia y leño roto
Di los despojos al altar sagrado,
Y apenas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;

Y ahora, que continúa y fiera lucha
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfío,

Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo, ¡Oh inútil desengaño,
Cuán tarde llegas al remedio mio!

Á ORFEO.

Pudo con diestra lira y dulce canto
Bajar Orfeo á la region oscura,
Y del dolor que eternamente dura
La fuerza suspender y el triste llanto.

Del divino concento pudo tanto
La fuerza, y de su fe constante y pura,
Que á recobrar su prenda mal segura
Halló entrada en los reinos del espanto.

Venturoso amador, si no rompiera
El precepto fatal, y conservára
El bien que con tan largo afan conquista;

Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
Que cuanto con la voz dulce ganára,
Vuelva á perder con la atrevida vista.

A HÉRCULES.

El jabali de Arcadia, el leon nemeo,
El toro á los cien pueblos pavoroso,
Cayeron á mis piés, y victorioso
De la hidra me vió el lago Lerneo.

El can de tres gargantas y Tifeo,
Fieras guardas del claustro tenebroso,
No burlaron mi intento generoso,
Ni le valió caer al fuerte Anteo.

Ejemplos de mi ilustre vencimiento
Son Aceloo, Busiris y Diomédes,
Y el rey á quien huir Hesperia mira;

Mas; por qué ufano mis victorias cuento,
Cautivo en tu prision? ¡Cuánto más pue-
Si me rendiste, oh bella Deyanira! [des

Á BACO.

A tí, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar; á tí, que blandamente
Tiemblas la fuerza del mayor cuidado;

Ora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente,
Ora te mire la festiva gente
Ensus convites dulce y regalado,

O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona,
Vén fácil, vén humano al canto mio;

Que si no desmerece el sacro aliento
Mi voz penetrará la opnesta zona,
Y al Tibre enviadará el hispalio rio.

PÍRAMO.

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas;
Y vosotras, clarísimas estrellas,
Luciente honor del alto firmamento,

»Pues ha subido allá de mi lamento
El són y de mi fuego las centellas,
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!
Si la merece, mi amoroso intento.»

Esto diciendo, deja el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbeespera.

¡Pronóstico infeliz, presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó el destino
Que un túmulo por tálamo escogiera!

HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en la romana puente
Resistir sólo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfía.

Ni la enemiga fuerza le desvía,
Ni de su vida el cierto fin presente;
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insistía.

Oigo del roto puente el són fragoso
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;

Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
«¡Viva Horacio; de Horacio es la vitoria!»

Á JULIO CÉSAR,

MIRANDO LA CABEZA DE POMPEYO.

Presenta ufano á César victorioso
El tirano de Ménfis inclemente
La tímida cabeza que al oriente
Tuvo al són de las armas temeroso.

No pudo dar el corazón piadoso
Enjutos ojos ni serena frente
Al dón funesto; mas gimió impaciente
De tal crueldad, y repitió lloroso:

«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
Serás ejemplo de la humana gloria
Y cierto aviso de su fin incierto.

»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto.»

FRANCISCO DE MEDRANO

ODAS

Á JUAN ANTONIO DE ALCÁZAR,

POR LA TEMPLANZA.

La inexpugnable torre y la ferrada
Puerta y los canes, tristes veladores,
Asaz pudieran conservar guardada
De osados amadores
A Danaes encerrada,
Si Vénus, ingeniosa, no burlára
De Acrisio, padre y guarda recatado
De la virgen, si no se transformára
Jove en metal sagrado,
Que el camino allanára.
Penetra victorioso las escuadras,
Y romper quiere el oro por las peñas
Duras, más que los rayos poderoso,
¿Que fuerte á las enseñas
No se allana medroso?
Desmentidas las puertas más leales.
De los pueblos Filipo abrió con dones

Y venció émulos reyes; sus iguales
Son ¡oh cuáles prisiones!
Las dádivas reales.

Sigue el oro el cuidado congojoso
Y la sed de más oro. Yo prudente
El fausto siempre aborrecí ambicioso,
Flavio, luz del presente
Siglo, por tí dichoso.

Quien más negáre á su desear mendigo,
Habrá del cielo más; de los que nada
Codician el estrecho bando sigo,
De la chusma afanada
Tras la plata enemigo. [tas]

Dueño más noble de unas pocas plan-
Que si me diera luz la fama ciega,
Porque en mis torres ocultara cuantas
Mieses Sicilia siega,
Pobre en riquezas tantas.

Con un arroyo breve de agua pura,
Y tierra poca y fiel á mi esperanza,
En desprecio me viene quien la anchura
Del indio imperio alcanza
Con suerte mal segura.

Y aunque las abejas calabresas
Me labran miel, ni vinos regalados
De Ribadavia añejos ven mis mesas,
Ni ocupar mis ganados
De Alcudiva las dehesas.

No pobreza importuna me atormenta,
Ni tú lo permitieras, y enfrenada
La codicia, ni así del fisco aumenta
Mi hacienda limitada
La mal habida renta,

Como la del que siempre afana en vano
Fáltale á quien de poco es enemigo,

Mucho. ¡Dichoso á quien con seso sano
Dios le dió bien amigo,
Lo asaz con parca mano!

Á DON ALONSO DE SANTILLAN.

Fió, Santiso, España sus banderas
De tu constancia y fe; tú al mar violento,
Expuesto vas, y al viento
Y á las escuadras fieras
Del holandés sangriento.

El se apresta, y á duro cautiverio
Reducir nuestras gentes se asegura,
Y por dar se apresura
Al español imperio
En el mar sepultura.

Llegue; que puños hallará y consejo
Buenos así, que cuando á ver su muerte
De su engaño despierte,
Cual medroso conejo
Huir quiera, y no acierte. [derrame

Tú al ménos, cuando el viento ó mar
A los tuyos, ansioso de más gloria
La muerte ó la victoria
Al cautiverio infame
Prefiere; ten memoria

De aquella hermosa y varonil gitana
Que ver pudo con frente no turbada
Vencida y destrozada
Por la gente romana
Su poderosa armada;

Y ni siguió la vergonzosa huida,

Ni la alteró cual hembra el ya desnudo
Puñal, de industria agudo;
Mas al pecho, atrevida,
Aplicó el áspid crudo.

Tal es. Osó con ánimo robusto
A morir generosa ántes que viva
Verse llevar cautiva,
Triunfando de ella Augusto:
¡Mujer asaz altiva!
